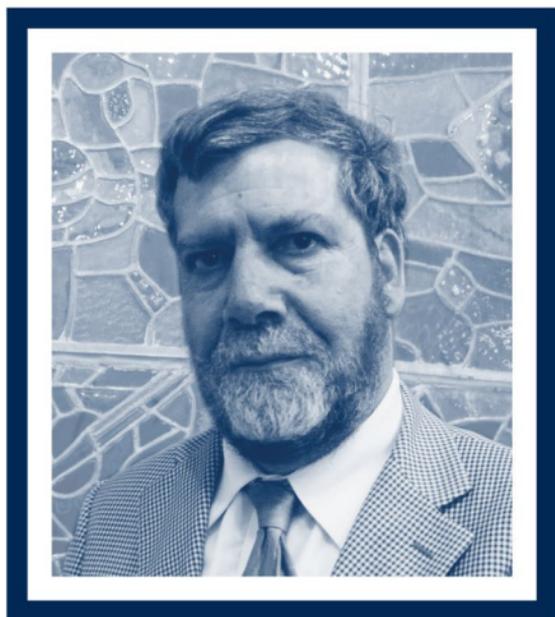


# **LAS LAGUNAS SON LOS OJOS DE LA TIERRA**



**Eliécer Cárdenas Espinosa**



**LAS LAGUNAS SON LOS OJOS DE LA TIERRA**

**En memoria de Eliécer Cárdenas, gran escritor y amigo:  
nuestro compromiso con su legado.**

Cuenca, 23 de abril de 2022  
Día Internacional del Libro

© *Universidad de Cuenca*

*Las lagunas son los ojos de la tierra* es un relato de Eliécer Cárdenas Espinosa tomado de su libro *Siempre se mira al cielo*. (1986).  
Publicaciones del Departamento de Difusión Cultural de la Universidad de Cuenca

Universidad de Cuenca  
Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación  
Carrera de Pedagogía de la Lengua y la Literatura

Centro de Documentación Regional  
"Juan Bautista Vázquez"

Bocadillo -Tiraje: 200 ejemplares

Impreso en los Talleres Gráficos UCuenca Press  
Ciudadela Universitaria  
Doce de Abril y Agustín Cueva  
(+ 593 7) 405 1000  
Casilla postal 01.01.168

La presente publicación se entrega de manera gratuita, durante el evento cultural por el Día Mundial del Libro y del Derecho de autor, en la Universidad de Cuenca.

# **LAS LAGUNAS SON LOS OJOS DE LA TIERRA**

Eliécer Cárdenas Espinosa



“Dicen que las lagunas son los ojos de la tierra. Unos ojos que se abren y se cierran al antojo de la tierra, que quiere mirar mucho más, siempre. Una laguna se abre, la tierra está mirando todo, por ese ojo. Cuando se cansa, la laguna se cierra. Y su ojo se va a contemplar en otra parte...”.

La vieja que vivía en la casita que Marzo rodea con el verdor tiernísimo del maíz y Julio la entristece de amarillo, la vieja que fue su abuela decía eso, como hablándole a la laguna pero sin mirarla. Deshojando mazorcas o colocando las ollas en el fragor pequeñito del fogón, decía siempre aquello. Miguel no podía prestar atención a esas cosas cuando su edad apenas le permitía avanzar dificultosamente por el camino de tierra blanca, guiado por el verdor en llamas o el amarillo ambiguo, para escuchar, en cuclillas sobre el patio, entre las gallinas, lo que la vieja hablaba.

A la laguna la tuvo cerca siempre. Su primer recuerdo era, sin duda alguna, el resplandor redondo, entonces sin contornos, de aquel pedazo de agua

silenciosa, bordeado por la totora que el padre con la madre segaban y la iban acomodando, frágil, dúctil, a la orilla. Miguel sólo tenía que incorporarse sobre sus pies morenos y desnudos para, tras los cactus, la irregular cerca de piedra, mirar la fulguración de la laguna cuando el sol estaba, también como él, espiondo. Miguel aprendió a vivir con la laguna.

Cuando le fue permitido comprender, escuchaba las historias nocturnas de la madre, que con el cuerpo caliente e invisible del padre a un costado de la cama, y el suyo al otro, tan acurrucado que apenas se sentía respirando, contaba que la laguna no siempre estuvo ahí. Antes de los antiguos era una pampa seca. La tierra se movió como una lagartija, bramó como un mugido de buey, y al otro día la laguna estaba allí, mirando el cielo y las lomas, mirando las estrellas, las cumbreras de las casas y las gentes que pasaban. Los vecinos que se allegaban al poyo de la casa, sabían también contar historias de la laguna: al principio fue inmensa. Todo Jacarín era una gran laguna. Los patos venían en bandadas para mojar sus alas y sus picos, para escarbar entre las totoras altas de las orillas, y se iban chillando. Pero las lagunas están llenas de maldad. Odian a los humanos, los llaman y se los tragan. Blanca Pañora, mocita de trece años, pereció ahogada cuando arreaba una vacona; Melchor Lingán quiso juntar totoras a la oración, y el agua lo llamó para matarlo. Un joven elegante, de la ciudad, que mostraba su escopeta al cielo alardeando ser un cazador de patos también fue devorado por la laguna. Muchos han muerto en Jacarín, decían. Las lagunas están llenas de maldad.

El escuchaba las historias y miraba ladera abajo,

y veía al agua tan tranquila, y no entendía cómo podía ser mala esa laguna con su corola verde, sus patillos y garzas, su quietud que ningún viento conmovía. Entonces fue a la escuela, y la madre le compró un libro de pastas coloridas, un carril azul, un lápiz largo y amarillo, un cuaderno de líneas. Cada mañana se enfrentaba a la laguna porque el camino hasta la escuela daba una vuelta entre las totoras para ascender al pedregal y extenderse luego al caserío, donde la escuela tañía su pequeña campana que a Miguel le parecía simplemente la hermana menor de la campana que doblaba cuando había un muerto o llamaba a misa los domingos desde la espadaña de la capilla, blanca como los huesos. Miguel se acercaba silbando a la laguna; evitaba mirarla, pero las primeras libélulas que descubrió no le dejaron seguir eludiendo a la laguna. Cuando surgen, débiles y veloces, tienen el cuerpo rojo o azul, y sus alas parecen hechas del agua de la propia laguna donde habitan. Miguel pensaba que bastaría una gotita para formar una ala de libélula. A lo lejos, sólo se presentía su movimiento por el temblor líquido de las alitas largas que zumbaban con un chasquido ligero cuando venían de costado sobre el total, a ras de sus penachos más altos, y parecían codiciar los cabellos de Miguel.

El siempre debía cubrirse la cabeza, manoteando hacia el aire, para ahuyentar a las libélulas ladronas de cabellos. Nunca supo en qué recodo de la laguna nacían las libélulas. Pero siempre estaban ahí, triscando el viento con las alas, rondando con sus ojos bulbosos, tornasolados. En la escuela aprendió, además de contar con granitos de maíz y deletrear en coro ante el pizarrón, que una libélula podía ser un

buen juguete. El entonces no tenía ninguno, salvo la pelota de viento que el padre le compró en la feria de Solano y que se consumió en tres días. Toda una tarde estuvo Miguel encorvado entre las totoras, ses-teando el corretear aéreo de una libélula que había dejado de ser roja y era una delgada saeta verde-oscura. Pero hasta una libélula tenía que cansarse, y las manos de Miguel, formando un cuenco, la atraparon cuidando no estropear las prodigiosas alas. La libélula estuvo suplicándole con el largo cuerpecito agitado que la libre, pero Miguel no la escuchó y sacó del bolsillo un carrete de hilo fino y se lo ató a la cola. Entonces la libélula se creyó libre, pero al volar sintió que no lo era, que nunca más lo sería, y sólo pudo obedecer a la fuerza invisible y tenaz que lo guiaba sin dejarla avanzar hasta el centro del agua, que es el lugar que prefieren las libélulas.

Cuando anochecía, Miguel ató el hilo de la libélula a una totora, y sus sueños en la noche fueron los ojos herméticos, del insecto, su colita sensible y sus alas que, vistas de cerca, tenían el color del agua cuando el fango se alza desde el fondo. Al día siguiente halló a la libélula ahogada. Quizá el agua la llamó también a ella con su maldad. Miguel re-criminó a la laguna, cortó el hilo y fue a la escuela.

Pero el patio pálido, de terrones hechos añicos de la casa, recibía otras historias. Le contaron al padre, mientras descansaba el azadón o tendía la totora cortada para que el sol la fuera reseca-do, que aquel Braulio Cabrera, el que cansado de la po-breza de su cuadra se fue tan lejos, a la Nueva Mayor, dicen, ahora es hombre rico y envía a la familia unos raros billetes que llaman dólares, con los que se

podía comprar infinidad de cosas. Y aquel Feliciano Bermeo, contaban, fue también muy lejos, desengañado de los sombreros que tejía y el maíz sediento que nunca le alcanzaba para nada, y ahora es también un hombre rico. Las cejas del padre, sucias de tierra, de sudores inútiles, se alzaban sorprendidas, y no faltaba día en que no dejaran de saber que el vecino Quinche o el compadre Guamán partían lejos, no a la Costa o a Quito. Iban a las tierras lejanas donde se ganaba aquel dinero que Miguel muy pronto conoció en manos de las mujeres con los maridos ausentes, que iban de casa en casa, de loma en loma, y rodeaban los yermos en torno a la laguna enseñando a la gente esos papelitos verdes con uno de los cuales, se contaba admirativamente en los fogones, podía comprarse hasta una yunta. Y los hombres, poco a poco, se iban yendo. Miguel no lo notaba porque los niños siempre estaban ahí, dispuestos a corretear descalzos hasta la loma de Portete, o a hartarse de manzanas menudas y capulies dulcísimos en Borma. Los mayores para Miguel eran seres que no se hacían notar demasiado, doblados sobre la reja del arado o abstraídos en fabricar esteras de totora en los poyos bajitos de las casas.

Cuando el camino fue más ancho y firme por la fuerza ronca y el humo azulado de un tractor que Miguel no se cansó de admirar mientras estuvo allí, los camiones empezaron a llegar a Jacarín con más frecuencia, y más que adobes o maderos y esteras, se llevaban hombres que demoraban en volver. Hombres con maletas de madera y adioses parcos, que se despedían como con asco de esa tierra pedregosa, esa laguna que, decía la gente, empezaba a encojarse a ojos vista, de un día para otro, en un zas,

de un suspiro, de una nada. Pero a Miguel la laguna seguía pareciéndole tan grande, tan distinta siempre, con sus aguas manchadas por el verde totoral de las orillas, con sus patos que dejaban plumones como espumas sólidas que permanecían vivas, flotando, hasta mucho después que él las olvidara.

Miguel supo que el padre estaba inquieto y que sufría; que era algo más que el hombre que cada noche se acomodaba en silencio sobre el catre y cada mañana bebía aprisa su taza de café y masticaba la tortilla de maíz, y luego se perdía entre el maizal o se acucillaba a la puerta de la casa para tejer esteras, cuando lo sorprendió, varias tardes, dejando ir su sombra en la tierra, contemplando el maíz, moviendo la cabeza con desengaño hacia las lomas pedregosas. Miguel supo así, de golpe, que el maíz no sería nunca suficiente, que las ollas matinales lo acababan tan pronto, y que las esteras que fabricaban el padre y la madre amarillaban en la plaza de Solano sin venderse. Miguel comparaba la vida del padre y la madre con la alegría fácil y orgullosa de las mujeres que tenían lejos a sus maridos, y que compraban en la ciudad peroles de aluminio, camas de hierro pintadas, colchones donde el sueño sería tan pesado. Una vez escuchó a una de esas vecinas que, elegante, burlona, desocupada, le decía al padre, que cavaba una zanja para juntar agua de lluvia y fabricar adobes, que no fuera tan tonto. Esta tierra estaba muerta. Debía irse allá, a Nueva York, o a ese lugar que llaman Venezuela, o aquel otro que dicen Canadá, o a la misma Australia, donde los billetes dólares se ganan a puñados. El padre la escuchó con disgusto y continuó cavando.

Fue entonces cuando el padre habló tendido en el catre, rodeado por la oscuridad que dejó el cabito de vela al apagarse, como si estuviera soñando y hablara desde el sueño: haré una canoa. Blanca será. La pondré en la laguna; con el camino que ahora está lastrado y ancho, viene la gente los domingos, gente de la ciudad que sólo llega para mirar a la laguna. Tres sures por cada vuelta en la canoa he de cobrar, y vos, mujer, pondrás botellas de refrescos y vasos en una caseta que pararemos a la orilla. Así yo no tendré que irme lejos.

Acompañó al padre a Solano, a Borma y a Lla-cao, y el padre preguntaba en todas las viviendas, en las ferias, los cruces de los caminos, si había alguien que supiera construir una canoa. Movían la cabeza, le miraban como se mira a un loco, a un borracho necio, y se desatendían de él murmurando. Nadie sabía fabricar una canoa. El padre no se descorazonó y fue un día a la ciudad con Miguel y la madre. Llevaron comida en un atado para devorarla a la sombra de los árboles de un parque, al pie de la catedral inmensa e inconclusa. Preguntó el padre por toda la ciudad, y al fin un carpintero tuerto les dijo como en broma que él sabía construir una canoa. Con las manos amarillas de charol, explicó al padre cómo se fabricaban las canoas. Las manos del carpintero eran tan hábiles que hicieron una canoa de aire, entre el olor a virutas de eucalipto y nogal de la carpintería, y el padre sonrió creyéndolo, y abrazó al carpintero tuerto como si él fuera a salvarlo, y pactaron el precio que al padre le significó la venta de la mitad de su parcela. Valdrá la pena, decía el padre mirando los mojones nuevos, de piedras apilonadas, que cercenaban para siempre la cuadra fami-

liar. La canoa será blanca, y se llamará Imelda, como mamá.

Los pocos hombres que aún quedaban en el pueblo, los viejos, las mujeres presuntuosas con los maridos lejos, los niños y los perros ladrones se reunieron cuando el camión llamado "Virgen de los Dolores" llegó a Jacarín con la quilla radiante, blanca como el sueño del padre, de la canoa "Imelda". Hubo risas y vaivenes de cabezas cuando el padre y Miguel y el chofer del camión depositaron sobre la tierra partida de la plaza la canoa y los remos. Un viejo le dijo al padre que no podía ocupar la laguna sin el consentimiento de todos los ribereños, y el padre alzó los hombros y respondió que ya hablarían, y se puso a reír, feliz, ilusionado, y nadie quiso ayudarlos a llevar la canoa que pareció entonces una torpe ave sin alas, ladera abajo, rumbo al total y el iris dorado de la laguna.

El sueño que tuvo el padre con los ojos abiertos se cumplía. Los domingos, algunas parejas de visitantes atraídos por el silencio y la rudeza incógnita que exhalaba, junto al vaho fuerte del limo, la laguna, descubrían la canoa detenida en la orilla, junto a una ensenada diminuta fabricada por el padre, y tomaban los remos o le pedían al padre que los llevara. El padre henchía los músculos en cada golpe pausado de los remos, escuchaba en silencio, concentrado y obediente, los diálogos, calmaba los momentáneos sustos de alguna mujer que iba en la canoa, y al cabo de esas vueltas sobre el agua que la embarcación llenaba de efímera espuma y verdor de algas revueltas, recibía las monedas, y entretanto la madre, ayudada, por Miguel destapaba botellas de coca cola en

la covacha que construyeron en la orilla con varas blancas de eucalipto y techado basto de totoras.

Pero cada mañana, la madre y el padre descubrían, apenas con asombro, que por las noches el techado de totoras de la covacha había sido revuelto, derribado, manoteado con saña. "Las almas de los ahogados", decía la madre persignándose. Pero el padre, menos crédulo, murmuraba con un destello de odio y decepción, "los muertos no hacen daño. Son los vivos. Las mujeres que tienen lejos a sus maridos". Miguel aprendió a miraras con la misma brizna de odio y desconfianza con que el padre las miraba: pretenciosas con sus vestidos nuevos, siempre sin una ocupación por hacerse, cansadas de enseñar billetes extranjeros, hostiles hasta con sus propios hijos, dedicadas a espiar desde las ventanas mínimas y entornadas de sus casas, al amparo de los floripondios, las matas de mortiño y las cañabravas de las huertas, envidiando a la canoa por lo común inmóvil y a la terca, terminante esperanza del padre que seguía viviendo sin marcharse, con sus dos pantalones de remuda y su sombrero envejecido.

Solamente después que la sacaron del agua, tan blanca como nunca debió ser en vida, Miguel supo que fue una niña hermosa. El miraba, en la orilla opuesta, los trabajos incomprensibles de las arañas menudas y lentas que surgían del totoral, ese domingo frío que empañaba con una desolada tristeza la laguna, cuando el padre levantaba en sus brazos a la pequeña forastera y su rojo, felpudo abrigo ciudadano, mientras en la canoa "Imelda" rebullía contenta esa familia que llegó en un automóvil blanco, provista de canastos, manteles y una cámara fotográfica que durante un

buen rato, antes de que decidieran navegar en la canoa, los estuvo inmovilizando en cortos éxtasis, posiciones diversas con un fondo de cielo, totoras, eucaliptos de las laderas, casitas del color de la tierra circundante. A Miguel, como siempre, no le importó que la canoa con esa gente y el padre remándola avanzara veloz hasta la mitad de la laguna, y que después doblara imprevista, y que de pronto los remos parecieran las alas que al fin le habían salido a esa canoa, con vocación de ave por su blancura de plumas y su quilla en punta como un pico. A Miguel ni siquiera le importaron los primeros gritos, ni la rauda silueta del padre que tiraba los remos y se arrojaba a la agua. Sólo cuando la mujer y el hombre y los otros niños paseantes se ponían de pie y pataleaban amenazando volcar la pequeña canoa, Miguel supo que algo malo había sucedido. La sacaron el padre y alguno de los pocos hombres que aún quedaban en Jacarín. Tenía el cabello rubio apelmazado, cubierto de algas grises, de profundidad, y el abrigo rojo de la niña estaba manchado por el barro. Tenía también los labios azules y rígidas las gordas manos.

Después vinieron dos policías de caminar rutinario y holgados uniformes que preguntaron al padre muchas cosas, con unos rostros duros que Miguel supo que eran sólo los rostros de su trabajo. El padre repitió tartamudeando, tembloroso de miedo, que la niña sólo había querido mirar más cerca aquel centro oscuro de la laguna; que saltó a un costado de la canoa; que el cuerpo la venció, y que ni él ni nadie pudieron hacer nada porque se hundió de golpe, como piedra en un pozo, y reflató mucho más tarde, rígida, junto a los totorales tiernos de la orilla. Miguel comprendió, cuando los policías se marcharon rápidos, si-

lenciosos con los datos, que el sueño del padre había concluido.

Continuaban llegando paseantes, turistas como el padre les llamaba, pero se limitaban a mirar la laguna, a husmear con desgana entre las totoras en busca de algún pato aletargado, y se marchaban sin mirar siquiera a la canoa "Imelda" con el extremo de la quilla clavado en el lodo de la ensenada, deteriorándose su blancura, los remos sobre los travesaños como unas alas quebradas e inútiles. El padre tenía remordimiento, vergüenza de invitarlos a pasear en la canoa, y aunque lo hubiera hecho, sabía que en el trayecto desde la carretera las vecinas se encargaban, feroces y metódicas, de alertar a los extraños que, por Dios, no subieran a esa canoa que está maldita, no se acercaran mucho a esa laguna que devoraba con sus dientes de espuma, que devolvía pálidos ahogados.

Cuando la pintura y las letras de "Imelda" eran sólo un rastro difuso entre la costra de fango, cuando el maíz de la cuadra cercenada creció más pequeño y frágil que nunca, cuando el padre por la rabia no podía tejer una buena estera, decidió marcharse. No hablaba de eso al principio: sólo se ponía a contemplar la laguna con los ojos de un forastero que nada reconoce. Hasta a la madre y a Miguel, a veces, cuando los tres se sentaban a la mesita baja de comer, el padre los miraba como si no les conociera. Después habló de los vecinos: todos estaban ricos, escribían para contar prodigios, enviaban montones de dinero, y nada faltaba a sus familias que hasta por gusto se ponían a pintar las casas; Miguel pensaba que sí, que las casas de los hombres ausentes se pintaban con unos rosas furiosos, unos verdes cegadores, unos

azules del más profundo cielo. Que esas casas querían estar alegres pero no lo conseguían. Miguel prefería el color de tierra de las paredes de su casa, las celosías del corredor pintadas con un amarillo pobre y antiguo. Las casas pintadas con despilfarro le inspiraban temor. Le parecían unas máscaras que ocultaban sólo polvo, telarañas, ausencias y tristezas.

El padre escribió a conocidos distantes; dejó que la canoa "Imelda" terminara pudriéndose, abandonada entre el totoral que borró la ensenada. Miguel pensó que el padre ya no tenía sueños. Sólo la determinación de marcharse. Las mujeres solas de Jacarín espíaban triunfales los ajeteos del padre: él también se iba, como todos los hombres que podían caminar por sus propios pies para marcharse. La madre se puso a rezar mucho, quemaba ramos bendecidos al pie de las imágenes, ante los amarillentos cuadros religiosos con antiguas propagandas de tabletas, e iba a la capilla para orar donde nadie pudiera verla, o caminaba por las colinas pedregosas en las que sólo el verde fatuo de las chilcas parecía inspirar amor a la tierra, y arrancaba mechones de su undoso cabello para entrosarlos al pedestal de las grandes, mudas cruces de madera de los caminos. Pero Miguel entendía que las oraciones de la madre eran inútiles: el padre se marchaba. Tuvo la certeza de ello la tarde en que él llegó con un envoltorio de papeles, y al abrirlo sobre la mesita de comer él y la madre vieron la leva oscura, el pantalón de casimir, las camisas blancas y los zapatos cafés que el padre había podido comprar en alguna ropavejería de la ciudad.

Y la tristeza fue como un fuelle frío soplando en

la habitación, ante sus rostros, cuando el padre, un poco ilusionado por la ropa para el viaje, sacó los papeles militares, la libreta del pasaporte sellada, con su fotografía distante, ya ausente, y les dijo que se iba a Nueva York o como se llamara aquella ciudad inmensa y tan lejana donde trabajaban muchísimos paisanos emigrados para ganar los dólares. Comieron sin hablar. El padre sólo tuvo un remedo de energía cuando acarició, con una generosidad impropia, el lomo pardo de Saltón, el perro de la casa.

Un vecino viejo que tuvo la ocurrencia de pedir candela y golpeó la desvencijada puerta de la casa de la abuela la encontró muerta sobre un montoncito de zapallos y maíz sin desgranarse. La madre, que había estado llorando desde que el padre se marchó, apenas tuvo ánimos para entregarse a una carrera entre chillidos cuando supo que la abuela había muerto. Miguel contempló el cuerpo, aún sobre las relucientes combas de los zapallos, mientras la madre juntaba a las vecinas para el velorio y pagaba al maestro de capilla a que doblaran las campanas como suelen doblar en Jacarín cuando muere la gente, y él advirtió que el rostro de la vieja abuela tenía la misma expresión firme y definitiva que tuvo el padre cuando descendieron del bus al pavimento sucio y llovido de la ciudad, y el padre hizo crujir sus dedos al levantar la maleta de cuero que iba a llevarse, y los tres no acertaron a decirse esas palabras, lo que debían pronunciar y, para siempre, se quedaban temblando en sus gargantas, mientras caminaban por la ciudad construida de sombras y de aleros goteantes, rumbo a la estación en donde el padre preguntaría a un chofer aletargado por el número de su asiento en el carro sombrío que lo iba a llevar a otra ciudad, y allí, solo

como un colibrí en campo sin flores, avanzaría hasta un inmenso avión que volaría sobre mares y montañas y llanuras hasta la ciudad de donde la gente parecía no volver. El abrazo del padre fue para Miguel sólo el corto espejismo de su presencia y sus coyunturas oprimiéndole el alma. Él miró el rostro de ceniza del padre y pensó que había muerte en él. Casi la misma muerte que después advirtió en el pellejo de la abuela acostada en sus zapallos. Miguel estuvo diciéndole adiós a la maleta de cuero del padre que temblaqueaba visible sobre la parrilla del vehículo cuando éste empezó a caminar.

Ni la escuela podía ser un consuelo. Tantos alumnos dejaban de asistir. Las madres solas, guardando entre sus senos de marchitas esperas los billetes extranjeros con que se cambiaba la ausencia de sus hombres, decidían que los muchachos ya no necesitaban estudiar. Al fin y al cabo, pensarían, se estudia para ganar mejor la plata, y habiendo los dólares que los hombres lejos los mandaban, ya era vano el estudio. El maestro alto, monosilábico y desgarrado que enseñaba en la escuela, con esfuerzo pudo convencer, de casa en casa, a las mujeres solas para que sus chicos volvieran a la aulas. Pero unos cuantos no regresaron, y sólo revivió algo del antiguo bullicio escolar cuando un emigrado generoso cumplió con la promesa de entregar el dinero suficiente para que los niños pudieran bostezar sus lecciones, y aprender la dureza de los deberes, en una planta gris de bloques con techado de asbesto también gris, cuyos trabajos iniciales quebraron pasajeramente esas ganas de nada, ese bullir de almas incompletas, hoscas, añorantes que era Jacarín. Y se dio otra tregua a ese desesperarse callado cuando don Alfonso Mora, emigrado en Aus-

tralia, despachó en un orondo y desmedido envío el dinero que juró solemnemente donar a Jacarin para que poseyera un verdadero templo con cúpulas celestes, altar mayor de mármol, dos naves laterales y un órgano. La construcción del templo crecía con lentitud, obra de albañiles forasteros, vigilada efímeramente por el cura de Solano que musitaba "para qué quieren una iglesia hermosa si no van a volver para mirarla". El perfil inconcluso de la torre se repetía ambiguo, tembloroso, en la laguna. Miguel pensó que sí, que la laguna se iba reduciendo. Desde que murió la rubia niña forastera se había reducido mucho más. Las totoras menos cercanas al agua empezaban a amarillar, a quebrarse y morir, y las sustituía una hierba alta, muy verde, donde el ganado dejaba huellas profundas y rezumantes.

Los hombres que estaban lejos dividían hasta a los niños. En el patio de la escuela, en cualquier parte, se habían ido definiendo tres grupos de muchachos que casi no se hablaban entre sí. Miguel supo cuáles debían ser sus amigos cuando un día quiso que lo invitaran a un partido de volley, de indecisas jugadas, entre una red plástica flamante dispuesta a la conveniencia de la estatura del más alto. "No puedes jugar con nosotros", le dijeron; "no eres venezolano". El más corpulento lo miró hostil y preguntó dónde estaba su padre. "En Nueva York", dijo Miguel. "Si eres nuevayorano anda a reunirse con los nuevayoranos", le pidieron, "porque si vas donde los canadienses tampoco te dejarán jugar con ellos". Y Miguel supo que era así, que los venezolanos despreciaban y envidiaban un poco a los nuevayoranos. Que los del Canadá peleaban con los venezolanos y temían la fuerza y número de los de Nueva York. Que los aus-

tralianos no eran un grupo propiamente porque sólo tres hombres de Jacarín habían elegido el lugar más distante de la tierra para trabajar; ese sitio donde, decían los chicos más grandes y sabidos, si alguien quería dormir con una mujer debía caminar como diez Ecuadores enteros. Diez Ecuadores enteros y sin agua. Pero Miguel no se sentía a gusto con el grupo no elegido por él, sino, fatalmente, por el padre. Miguel sabía que algo se había dañado dentro de los muchachos de Jacarín; que los juguetes que sus madres compraban con el dinero que venía de lejos los iba volviendo brutales, duros, y que todos los chicos preferirían una mano paterna alzándose de vuelta a la orilla del camino; Miguel aprendió a evitar a esos grupos de niños cada vez más exasperados en sus juegos, y aprendía a mirar cómo debe mirarse una flor del erial: en silencio, con el sigilo de un ladrón que robara los tintes a esas corolas rojas, amarillas y rosadas por un milagro de voluntad o extraña fuerza. O subía a lo alto del Portete, más allá de la última casucha ruínosa del lugar, y desde allí la laguna era un oscuro temblor, una mancha undosa de negrura entre el apenuscamiento yermo de la tierra.

Como si la opresión desesperada de una mano de ella sobre las suyas quisiera lograr que nunca creciera y se marchase, la madre llevaba a Miguel a la ciudad. En el bus estaban ahí, uno junto a otro, mirando la sucesión de vueltas, de cultivos y cercas, y luego el tráfico ruidoso, el irregular juntarse de casas que anunciaban la ciudad, y más tarde caminaban como extraviados por las calles atestadas, y la madre rebuscaba entre el cuerpo y la ropa el giro enviado por el padre junto a una carta inhábil y lacónica, para cambiarlo por billetes nacionales en un lugar

de gentes de cruda seriedad y ventanillas silenciosas, iguales a los nichos de un cementerio grande. Entonces la madre lo obligaba a seguirla mientras desganada, sin un verdadero interés, compraba un vestido que tanto la hubiera alegrado si el padre estuviera a su lado y se lo diera, y después de adquirir cosas indispensables se quedaba con el dinero apuñado en las manos, contemplando con odio las vitrinas, los lugares donde otras mujeres solas de Jacarín, sin regatear, compraban máquinas de coser, televisores, finos zapatos, tantas cosas que luego se empolvaban aburridas, absurdas, en sus casas. La madre preguntaba a Miguel si quería algo, y él decía que no, pensando que había olvidado lo que antes, cuando el padre estaba ahí, con ellos, le entusiasmaba tanto. La mano de la madre ya estaba gastada y sudorosa cuando lo llevaba de vuelta y los dos buscaban el color del autobús que iba para Jacarín, esquivándose ambos las miradas que sabían inútiles.

Miguel supo que los hombres podían regresar, cuando el tiempo que duraba la ausencia paterna ya era inconmensurable en la perezosa igualdad de los días, los ritmos del verdor, el blanco y breve florecimiento de las capulicedas a las orillas de los caminos, y la profundidad cada vez más oscura de la laguna. Desde los corredores de la plaza o las laderas, las mujeres, los niños y los viejos escucharon, casi imperceptible al principio, el ronroneo contenido por el ascenso, presentido desde el otro lado del calvo cerro, y miraron después, como una hormiga negra y veloz, a la motocicleta cuyo rugido espantaba en parejas a las aves y levantaba al paso una efímera nube blanca de polvo. Era Tomás Pañora que regresaba, majestuoso y robusto, sobre una motocicleta,

y que no se detuvo hasta encaramarse prodigiosamente, con la espalda encorvada sobre la máquina ronca de cansancio, en el altozano de rastrojos donde su mujer no iba a creer que había vuelto al fin. Los rostros de los Pañora chicos se alumbraron, regresaron a su antigua inocencia durante las semanas en que su padre estuvo ahí, paseando en su motocicleta a los muchachos, visitando las casas, embriagándose con los viejos, luciendo unas gafas que resplandecían al sol crepuscular. Antes de marcharse nuevamente al extranjero, arrinconó su motocicleta en el corral de las gallinas, y los Pañoras más pequeños dejaron de despertar envidia: volvieron a marchitarse, a existir en silencio.

Miguel imaginó que el padre tenía que volver, y no le importaba que regresara a pie, empolvado por el camino, menudo como siempre. La madre conversaba con vecinas sobre inminentes retornos: don Absalón Mendieta anunciaba su vuelta mandando construir, en la exigua plaza de Jacarín, un verdadero escenario donde cantantes de la ciudad, artistas extranjeros, alegrarían el lugar cuando todos retornaran, cuando el pueblo volviera a escuchar las voces de los hombres, y cuando las mujeres solas dejaran de asustar a los perros con sus lamentos por las noches. Pero apenas había dejado la gente de comentar la fugaz vuelta de Tomás Pañora, cuando llegó a Jacarín un viejo que pocos reconocieron. Miguel y otros muchachos le observaron desde el patio de la escuela, apeándose lento y austero del autobús que pasaba hacia Solano, recibiendo de la parrilla del vehículo dos atados herméticos de yute, y siguieron mirándolo cuando el viejo cargó dificultosamente los atados, caminó hasta la plaza, dejó, despreocupado, que al-

guien lo reconociera al detenerse ante la casita sin pintar, con dos ventanas simétricas a ambos lados de la puerta que nadie había abierto en muchos años, y no habían dejado de mirarlo cuando balanceó en una mano la llave enmohecida con que abrió la puerta y, sin atender curiosidades, penetró al interior entre una desencantada polvareda. Decían que aquel viejo había vivido muchos años lejos, no en el extranjero, en Guayaquil o Quito; que fue policía o algo así; que cuando era muy joven y vivía en Jacarín mató a su mujer. Ya todos tenían noticia de que era alguien del lugar que había vuelto, cuando viejo, siempre emboscando su mirada bajo el ordinario sombrero de paño que llevaba, abrió los batientes carcomidos de las ventanas de su casa, limpió el piso largamente, y se ausentó un día entero para volver con seis pomos de cristal repletos de chicles y caramelos, cartones de cigarrillos, sacos de arroz y paquetes de velas. Su tienda, sin embargo, fue miserable desde el primer día, y más que vender, el viejo se pasaba asomado a una de las ventanitas. Cuando los muchachos vencieron su instintiva desconfianza y le compraron, más por ver de cerca al viejo extraño, los primeros caramelos, lo escucharon decir, riéndose, que había vuelto a Jacarín por encargo de los hombres ausentes, para cuidar a las mujeres solas, a las niñas que crecían sin un padre. Y Miguel y los otros niños no dudaron en lo que el viejo parecía decir en broma al descubrir aquel machete nuevo, filoso, amenazante, colgado en la pared del fondo de la pequeña casa.

Miguel tenía una nueva ilusión: pensaba que cuando aquellos albañiles forasteros y el ingeniero gordo que los dirigía concluyeran su trabajo en la plaza, sin intimar con nadie, como una obligación y

nada más, sin amor ni piedad por esa base de ladrillos y argamasa y esa especie de gruta que luego la cubrió, todos los hombres que se fueron de Jacarín regresarían. Miguel los espiaba, desde el patio de la escuela o el ventanal de la clase, o medio oculto entre el totoral de la decrecida laguna, y exigía en secreto que se apresuraran, que pelearan arduosamente con la mezcla, y el ingeniero resolviera sus cálculos sin quedarse mirando demasiado al cielo o la laguna, porque entonces el padre y todos los hombres volverían.

El viejo de la tienda contemplaba también, pero con una seca indiferencia, los monótonos ajetreos de esa construcción, mientras las mujeres se reunían en las casas y comentaban con voces bajas el desplante de don Absalón Mendieta, enriquecido tanto en Nueva York que costeaba su capricho de dar un proscenio para artistas a la plaza de greda amarilla de Jacarín cuando regresara. El curso escolar expiró, y cuando las tórtolas husmeaban al principiar Agosto los rastros oscuros de las cosechas magras, el escenario estaba concluido. Los albañiles pintaron de rosa y verde la base, y cubrieron con un celeste tibio la cubierta aún no del todo fraguada. Se fueron dejando en Jacarín aquella construcción incomprensible, pero Miguel esperaba en vano: el padre y los otros hombres no volvían. Los primeros aguaceros de Octubre hincharon la laguna moribunda, reverdecieron las laderas y mancharon de barro la base del proscenio. Miguel deseaba más que nunca el regreso del padre porque también ella, la madre, había empezado a gemir de soledad, como las otras mujeres, por las noches. Al principio se lamentaba bajito, como avergonzada y temerosa de despertar al hijo; luego ya

no se recató en sus gritos, que eran iguales a los que el viento nocturno permitía escuchar, viniendo desde todas las casas. Miguel pensó que era preciso hacer algo. El padre y todos los hombres debían regresar.

Esa mañana vio irremediablemente hundida en el fango de la orilla a la canoa "Imelda", y escupió con dirección a la laguna antes de iniciar un nuevo ascenso solitario a las laderas. Le gustaba el olor de las chilcas, el de las hojas secas de los eucaliptos; miraba las retamas siempre verdes y florecidas, y le asombraba que los capulíes crecieran en las abras y no quisieran morir jamás con sus grandes raíces a flor de tierra y los tiernos racimos de los frutos balanceándose como una renovada victoria sobre el yermo. Desde arriba, Jacarín parecía un lugar definitivamente muerto, y el fulgor preso de la laguna tenía algo de maléfico en su tranquilidad verdosa. Estaba atardeciendo ya cuando Miguel vio cabecear en el aire, muy alto, a un globo de papel. Vendría de la fiesta de algún caserío cercano; descubrió después que era un gran globo azul y rojo. Un globo de serios priestazgos. Pero desfallecía. Miguel comprendió que no lograría coronar el Portete. Como si tuviera sueño y cansancio, el globo se detuvo entre unas matas, ladera arriba. Miguel trepó a saltos, espinándose los tobillos en los cactus rastreros y los pequeños cardos del erial, y la última lumbre de la tarde dio al globo de papel unas tonalidades nitidas. Con cuidado, evitando que no sufriera ninguna rasgadura, Miguel lo recogió y descendió con él, convencido de que ese viajero de papel, alambre y trapos combustibles sería la última expresión de su deseo.

Al viejo de la tienda lo halló luchando contra el frío, bajo su poncho azul, a la luz del bombillo que acababa de encender. Dificultosamente, habían logrado hacerse amigos. El viejo compartía la idea de que todos los hombres debían regresar. Tampoco soportaba los lamentos de las mujeres solas en las noches, y decía, siempre riendo, que cada vez era más difícil cuidarlas. Miguel le contó al viejo su ilusión, enseñándole el globo arrugado e intacto entre sus manos. Le preguntó si podía encenderlo, echarlo a volar. Que sí, que era fácil, respondió el viejo. Pero antes Miguel necesitaba tinta. El viejo, comprensivo, abrió dos envoltorios de azul de metileno, y en una taza de fierro prepararon la tinta. Miguel extendió el globo sobre el piso, alisó el papel, y con el dedo índice mojado de azul de metileno escribió sobre el globo dos palabras muy gruesas: "Vuelva papá". Esperaron, sin hablarse, que la inscripción estuviera pasablemente seca, y el viejo llevó pajilla, trapos y un poco de querosén a la plaza vacía.

Los dos como únicos testigos, miraron la ascensión de aquel globo hacia las limpias estrellas y el cielo alto. Miguel deseó que un viento inmenso arrastrara el globo a Nueva York, y que lo abandonara ante el padre. El y el viejo estuvieron mirando el cielo hasta que el globo y su brillo no fueron más grandes que una estrella. Después el viejo dijo que no se debía mirar mucho el cielo porque era soberbia contra Dios, y guiando a Miguel con una mano sobre su espalda, fueron hasta la laguna que parecía un cielo pequeñito con el reflejo de las estrellas. "No volverán los hombres si la laguna sigue aquí", dijo el viejo tiritando dentro de su poncho. "La laguna era buena cuando vivían los antiguos. Cada pecado la fue vol-

viendo mala. Ahora es enemiga de los hombres, pero cada ahogado la hace más chica. Yo creo que sólo falta uno más para que se cierre esta laguna, se vaya a otra parte”.

Miguel comprendió que aquel frío surgía de la laguna. Allá, entre los haces apretados de las totoras que con el anochecer formaban un solo manchón negro apenas movido por el viento, estaban pudriéndose los restos de la canoa “Imelda”. El viejo seguía hablando, como para sí mismo o nadie. Quizá para la noche solamente: “Los antiguos sí vuelven. Cada piedra del cerro es el alma de un cuerpo que murió hace muchos años. Las piedras están más vivas que la gente en Jacarín, pero nadie se da cuenta”.

Pronto perdió la fe Miguel en el viaje del globo, comprendió que no había rebasado un cerro alto, que su propio fulgor lo quemó con el viento, que Nueva York quedaba tan distante, que el padre jamás leería su llamado en azul de metileno. Las conversaciones rápidas y en voz baja que la gente había aprendido a trenzarlas como una forma más del silencio y la espera, decían que don Absalón Mendieta preparaba el regreso. Había hecho adelantar a sus maletas, que eran tantas, y que juró a sus amigos de Nueva York, que todo Jacarín y hasta Solano nunca iban a olvidar su retorno. El acontecimiento se insinuó mediante cuatro telegramas de progresiva inminencia que la mujer y las hijas de don Absalón Mendieta leyeron sin comentar pero creyéndolos, y más tarde una camioneta de alquiler se detuvo caduca y enfangada en la plaza, con cajas y maletas. Sin embargo, el día mismo de la llegada tuvo el gris de lo previsto y común anegando las laderas, salpicando

los tejados, fijo en el rumiar de las vacas y el estarse de la gente, hasta cuando a la distancia el carretero se cubrió de ruidos inusuales, y tres vehículos perfectamente extraños enfilaron sus trompas a la plaza y se quedaron quietos, como si les hubiera tomado de sorpresa la llegada. Don Absalón Mendieta, en persona, abrió la portezuela de uno de los autos, y antes de correr, obeso, tan distinto a como era antes de irse, hacia la casa y la cuadra familiar, dispuso los primeros arreglos de la fiesta: dos grandes altoparlantes en cada ángulo del proscenio que mandó construir y al que no echó más que una urgida mirada; tres micrófonos y varias sargas de gallardetes de papel que festonearían en diagonal la plaza. Y cuando se había ido don Absalón Mendieta hacia su casa, unos hombres de obligatorias elegancias y blancos zapatos impolutos exhibieron el niquelado color de unas trompetas, la catadura agrisada de unos tambores, la marfileña tez de unas guitarras eléctricas, entre la mudez de la plaza.

La madre había estado quejándose bocabajo en el catre desde que levantó los platos de la comida, rezó con la cabeza gacha y en silencio en dirección al cuadro de la Virgen, y no encendió el bombillo como si quisiera conservar lo oscuro de la noche, porque parecía no importarle el ruido que llegaba de la plaza. Miguel estuvo parpadeando en la oscuridad, aguardando a que el llanto de la madre comenzara, con el hocico fiel del perro humedeciéndole el pantalón en las rodillas. Los quejidos de la madre se mezclaban con la música de fuera y por momentos la sobreponía, asustando al perro. Miguel se incorporó de su rincón, retiró al animal con una manotada de cariño, y fue hasta el fogón tanteando en las ti-

nieblas las ollas frías, los platos húmedos, hasta palpar el balde donde las rojas flores de la pena sobrenadaban en su agua y en la noche. Recogió un poco del liquido del tazón y avanzó hasta el catre. La madre bebió en silencio el agua de las flores de la pena, y respondió con un breve mugido cuando Miguel le dijo que iba a salir un rato para mirar la fiesta de don Absalón Mendieta.

Afuera encontró sombras pegadas a los muros, perros de exasperados ladridos que enturbiaban la música, y voces que decían "don Absalón Mendieta ha regresado, pero pronto se volverá a marchar". A lo lejos, la plaza era un cuadrilátero irregular meticulosamente iluminado, y el proscenio contenía, a contraluz, confusas, las figuras de los músicos que solamente estaban tocando para don Absalón Mendieta y su mujer, quienes no dejaban de bailar en el centro de la plaza, flanqueados por la fila yerta de las hijas. Nadie había ido a la fiesta.

Miguel estuvo mirando largo rato, hasta que le cansó la música chillona, le aburrió el reiterado balanceo del vientre de don Absalón Mendieta y el revolver discreto del pañolón de su mujer. Pensó que la gente había tenido razón al no ir a la fiesta pues la fiesta era ajena. Que la alegría de la familia de don Absalón Mendieta iba a durar hasta que él se marchara nuevamente. Recordó las palabras del viejo de la tienda y volvió el rostro a la laguna. Estaba quieta, como siempre, y sus bordes reflejaban el fuego de las sargas de bombillos colgados en la plaza. Miguel caminó hacia la laguna. Sus pies tantearon el suelo tembloroso, y el olor del cieno lo entristeció aún más. El totoral, compacto de negrura, cubría la

ensenada donde la canoa "Imelda" se había podrido. El viento simulaba quebrar los penachos delgados del totoral. Volvió a pensar en las palabras del viejo de la tienda: falta un ahogado solamente para que se cierre la laguna y regresen los hombres que se fueron. El agua, quieta y fría, le mojó de golpe los zapatos, ascendió brusca entre su piel y las mangas del pantalón; chapoteando, gritando, cerró los ojos y deseó con un sabor de lodo en la boca que el viejo hubiera dicho la verdad.

Fue el último ahogado. Ahora sólo queda de la laguna una pequeña cicatriz, imperceptible desde la plaza y las laderas.



Este libro se terminó de imprimir en abril de 2022 bajo el sello editorial UCuenca Press, en su taller gráfico, durante la administración de María Augusta Hermida Palacios como rectora de la Universidad de Cuenca.

Cuenca - Ecuador



Invitamos a docentes, estudiantes y a todos los lectores a redoblar los esfuerzos para promocionar la lectura y, sobre todo, animar a los jóvenes, a descubrir el placer de leer, de aproximarse a la obra y al pensamiento irremplazables de aquellos que contribuyen al progreso social y cultural de la humanidad.

“Siempre se mira al cielo” es el título del libro, poco difundido, que fue editado en 1986 en Cuenca, ciudad de residencia de Eliécer Cárdenas Espinosa el relato *Las lagunas son ojos de la tierra* forma parte de este volumen y trata de las consecuencias de la migración y el impacto emocional que causa en los niños, en un contexto en el que escasez, la lucha por la vida y la pobreza se mezclan con la ausencia y la esperanza. Estimado lector, compartimos con usted este texto, de profundas sus raíces sociales y con un enorme logro poético, por las profundas evocaciones llenas de ternura ante la falta del padre, el campesino obligado a abandonar su tierra y su hogar.

Carrera de Pedagogía  
de la Lengua y la Literatura

**UCUENCA**